

NOTAS Y DOCUMENTOS

<https://doi.org/10.29393/At406-132PARA10132>

PREMIOS "ATENEA" CORRESPONDIENTES AL AÑO 1963

La Universidad de Concepción concedió los premios "Atenea" correspondientes al año 1963, a las siguientes personas: Alberto Baltra Cortés, Enrique Lihn y Arturo Aldunate Phillips.

En esta oportunidad se entregó por primera vez un tercer premio "Atenea", en el área del ensayo, creado en la reforma del Reglamento de dichos premios, de fecha 24 de agosto de 1964, y publicada en el N^o 405 de la Revista "Atenea". Este premio recayó en Arturo Aldunate Phillips, por su libro *Los robots no tienen a dios en el corazón*, los otros dos premios los recibieron: Alberto Baltra, por su obra *Teoría económica*, y Enrique Lihn, por su libro de poemas, *La pieza oscura*.

El acto de entrega, que se realizó en el auditorio de la Escuela de Leyes, el 1^o de diciembre de 1964, a las 19 horas, fue presidido por el Rector, doctor Ignacio González; y concurrieron, además, miembros del H. Consejo y del H. Directorio universitarios; el Director de la Revista "Atenea", Milton Rossel, y otras autoridades.

Hizo uso de la palabra, en primer término, el Rector Ignacio González, a continuación hablaron: Baltra, Aldunate y Lihn, agradeciendo a la Universidad de Concepción la distinción que les confirió.

Se insertan los discursos pronunciados en la ocasión señalada.

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION, SEÑOR IGNACIO GONZALEZ GINOUVES

El papel tan importante que juegan las Universidades en el mundo contemporáneo y en especial su gravitación en todas las manifestaciones de la cultura, de las ciencias y del espíritu en nuestros países, justifica que su acción abarque campos y aspectos desusados en otros continentes y que la extensión universitarias adquiera en la universidad chilena, por ejemplo, una impor-

tancia que sorprende a quien no conozca nuestra realidad, nuestra pobreza institucional y la demanda de nuestro medio.

Con extraordinaria sensibilidad a estas necesidades los fundadores de esta Universidad dieron importancia desde los primeros momentos a las labores de extensión, llevando la voz de esta Casa a todos los ámbitos y trayendo a nuestro medio la de los valores de otras partes. Con idéntica intención de estímulo y promoción de la cultura en el aspecto de la producción escrita se creó la Revista "Atenea" y con igual fin, los premios "Atenea".

Hoy como todos los años nos congregamos para entregar a los autores de las obras premiadas, el trigésimo octavo premio literario; el decimocuarto premio científico y el primer premio de ensayo "Atenea" correspondiente a obras publicadas en 1963.

No voy a repetir, en esta ocasión, la historia de los premios "Atenea". Ella es conocida y ha sido reiterada últimamente con motivo de los 40 años de la Revista que lleva el mismo nombre. Deseo, sin embargo, hacer un corto comentario acerca de su desarrollo.

Se instituyeron los premios literarios y científicos "Atenea", en 1929, para distinguir las mejores obras de su género que se hubieran publicado en Chile el año anterior. Se quiso con ello estimular la creación y la producción y contribuir, en forma indirecta, al perfeccionamiento de su calidad.

Si en lo que concierne al premio literario no hubo desde el comienzo sino l'embarras du choix, porque la producción fue siempre abundante y de buena calidad, no sucedió lo mismo con el premio científico, que tuvo que ser, con frecuencia, declarado desierto por falta de obras que lo merecieran. Hasta hoy se han otorgado 37 premios literarios y sólo 13 científicos; en cuatro ocasiones el premio literario ha debido ser dividido por imposibilidad de discriminar con justicia ante obras de iguales méritos. Tres veces ha sido necesario agregar al regular un premio extraordinario, para distinguir alguna obra de méritos excepcionales o que no se definía bien en cuanto a su género.

Fue esta última razón que nos movió a agregar, este año, a los dos ya mencionados, el literario y el científico, un tercer Premio "Atenea", para la mejor obra del género "ensayo". Damos a esta denominación un carácter amplio de manera que puede comprender, no sólo lo que, estrictamente, en literatura se llama así, sino también, obras de divulgación, historia, ciencia-ficción, etc., hoy tan difundidas y apreciadas.

Subsisten, sin embargo, varios problemas difíciles de resolver, que llevarán, a no dudarlo, con el tiempo, a alguna solución que permita dictaminar en forma más precisa; fácil es decir: premiar la mejor producción literaria y científica, pero difícilísimo determinar en forma satisfactoria si es mejor este libro de poesías o de teatro que esta novela; si es más valiosa esta obra sobre entomología o aquella sobre química o fisiopatología. De esta manera se hará pronto patente la necesidad de establecer un criterio para discriminar y determinar, y hacer más fácil, menos angustiosa, diría, la labor de los jurados.

El juicio frente a una obra literaria, científica o plástica, deriva de consideraciones eminentemente subjetivas, imposible de reducir a fórmulas incon-

trovertibles. Por eso mismo, es fácil, muy fácil, que en él intervengan, inadvertidas o deliberadamente, factores que condicionan la apreciación estética y la encaminan por senderos comprometidos. El desprestigio de muchos premios de este género ha sido, con frecuencia, la resultante de tales yerros o condescendencias. "Atenea" ha procurado mantener limpio y prístino el sentido de sus premios, a lo largo de sus 35 años; el prestigio de que gozan demuestra que lo ha logrado; debemos reconocer en ello, el espíritu de don Enrique Molina, cuya serenidad de juicio y ecuanimidad rigen y presiden las deliberaciones de los comités que los disciernen.

El prestigio y la abundancia de los premios sufre altos y bajos periódicos por motivos difíciles de precisar. Me atrevería a insinuar que la boga, por lo general, precede al desprestigio, lo anuncia: lo proliferación de los premios es como un revivir tardío, débil, antes de que la especie se eclipse.

Hace unos 30 o 40 años los premios —aún en los colegios— casi habían desaparecido: se les consideraba antidemocráticos, aristocratizantes, reminiscencia de otra época; lo importante era que el capaz no se distinguiera y —como hoy sucede con nuestros estudiantes— que en lo posible se disculpara, tuviera vergüenza de ser superior...

Luego, poco a poco comenzaron a florecer... Tal vez ha influido en que se les acepte sin reservas, el uso sistemático que de ellos hace, como estímulo para todas las actividades, un país como la Rusia Soviética.

El hecho es que hoy hay más premios que méritos y que, desde las más altas y calificadas instituciones hasta las más curiosas y peregrinas, establecen galardones para premiar obras literarias, artísticas, científicas, o lo que sea. Cosa es ésta, por cierto, digna de elogio; pero el observador no puede sino mirarla con aprensión; no vaya a ser que nos anuncie un nuevo período de desprestigio y decadencia del premio, como estímulo verdadero, como distinción que distingue, como medida de valores reales y efectivos.

Este año, como he manifestado, la Universidad ha otorgado premios "Atenea" a las mejores obras en el género literario, científico y de ensayo, publicadas en el curso de 1963.

No fue fácil discernir el premio literario: la producción de 1963 fue abundante y de buena calidad. En la comisión se discutió largamente el valor de algunas novelas, de algún libro de cuentos y de varios libros de poesías; después de madura consideración se resolvió premiar la obra *La Pieza Oscura*, de que es autor don Enrique Lihn.

Se trata de un conjunto de poesías de corte nuevo, pero al mismo tiempo original y muy personal. Inspiradas, bellas, profundas, audaces en sus figuras y en su dicción, revelan indudablemente a un poeta de verdad, que siente lo que dice y que lo dice en su lenguaje, sin afectación, con una naturalidad muy suya. Tal vez, el libro es excesivamente serio... quién sabe si un poco deprimente en sus motivos, pero indudablemente, bello y sugestivo.

Su autor es un hombre joven que ha perseguido el arte y la belleza en varios campos, que empezó a escribir a temprana edad. Cultiva la pintura y ha participado en algunas exposiciones. A los 20 años publicó su primera

obra *Nada Ocurre*, luego, *Poemas de este tiempo y de otro*. Su sincero anhelo de perfeccionamiento lo trajo a participar en el primer taller de escritores de nuestra Universidad, en 1961.

Al otorgar el premio literario "Atenea" a la obra *La Pieza Oscura* de don Enrique Lihn, la Universidad tiene la certeza de premiar a una creación que lo merece ampliamente y a un joven literato que tiene por delante un brillante porvenir.

El premio científico "Atenea" se ha otorgado a la obra *Teoría Económica*, de que es autor el Profesor don Alberto Baltra. Para quienes creen que la Economía es algo así como un pasatiempo, un conocimiento intuitivo sin reglas o rigurosos principios científicos o un ejercicio mental, resultará extraño que se distinga con un premio científico a una obra de esta naturaleza. Bueno es que lean siquiera los primeros capítulos de la obra *Teoría Económica* de don Alberto Baltra para que aprecien su claridad, el rigor de su razonamiento y de su juicio, la objetividad de sus datos y argumentos, la seriedad estrictamente científica de sus teorías y conclusiones.

La Universidad, hace tiempo, en 1932, dio ya el premio científico a una obra de carácter económico: *La eterna crisis chilena*, de don Carlos Keller. Al premiar hoy la obra de don Alberto Baltra reafirma su juicio en cuanto al valor científico de la economía.

La *Teoría Económica*, de don Alberto Baltra, es un libro que hacía falta; tal vez, el mejor en su género que se ha publicado en lengua castellana; completo, acucioso, bien escrito, original en muchos aspectos. Su autor es un hombre vastamente conocido en nuestro mundo de la cultura, la política, las leyes y la economía. Recibido de abogado, fue distinguido con el premio al mejor licenciado de su promoción y designado de inmediato Profesor de Economía y Director de la Escuela de Economía que acababa de crear la Universidad de Chile. Puede decirse que nada importante en el campo de la Economía, que haya sucedido en Chile en los últimos años, ha dejado de contar con la actuación relevante de don Alberto Baltra. De la misma manera, ha representado a Chile en muchas reuniones internacionales, y goza de un merecido prestigio como uno de los más destacados economistas de nuestro continente.

Sus publicaciones en materia económica son muchas; acaba de aparecer, por ejemplo, la cuarta edición de su *Crecimiento Económico de América Latina*, que le valió en 1960, el premio de ensayo de la Municipalidad de Santiago. Bien conocidas son también *Tres Paises del Mundo Socialista*, *El Futuro Económico de Chile y América Latina*, etc.

La actuación política de don Alberto Baltra es por demás conocida y no necesita ser reseñada. He de recordar que ha sido Ministro de Estado, dirigente político destacado y presidente de su partido en varias oportunidades. Actualmente el señor Baltra dirige el Centro Superior de Coordinación Científica de nuestra Universidad. Aun cuando sólo ha aceptado quedarse entre nosotros por cortos meses porque prestigiosos compromisos en el plano de su especialidad lo llevarán nuevamente a Santiago, su acción ha sido importante y

valiosa. El premio "Atenea", por otra parte, al distinguir la obra *Teoría Económica*, de don Alberto Baltra, sólo confirma lo que la crítica y la opinión de los técnicos ya había manifestado, al acoger con extraordinario interés esta obra que se ha difundido en toda América Latina.

El benjamín de nuestros premios es el premio de "ensayo". En el reglamento correspondiente se dice que se otorgará a una obra que reúna las características propias del ensayo, de ciencia-ficción, crítica literaria, impresiones de viaje, monografías, divulgación histórica, biografía, etc. La Comisión correspondiente acordó otorgarle a la obra *Los Robots no tienen a Dios en el corazón*, de que es autor don Arturo Aldunate.

Para entender o, mejor dicho, para explicar la obra, es indispensable explicar primero al autor: es ingeniero, Profesor de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, y, al mismo tiempo, escritor, poeta, conferenciante y hombre de empresas; debo agregar, que en todas estas actividades ha tenido actuación destacada y original. En 1934 publicó *El problema de las utilidades y de la crisis económica*, luego, *El arte poético moderno y la poesía de Pablo Neruda*; después, un ensayo sobre el teatro de Federico García Lorca, a través de la interpretación de Margarita Xirgú, y a continuación, *Matemática y Poesía; Chile, país industrial; Alberto Einstein el hombre y el filósofo; Al encuentro del hombre*, ensayo filosófico publicado en Buenos Aires; *Quinta Dimensión*, etc.; ahora, *Los robots no tienen a Dios en el corazón*, todo ello salpicado de conferencias, artículos en revistas nacionales y extranjeras, etc.,

Sólo un hombre con una gran inquietud, la curiosidad y ansias de saber, de mentalidad moderna, que une una formación matemática al gusto por los problemas filosóficos y a las cualidades de un escritor y poeta, podía producir un libro como el que hoy premiamos, en que la claridad de la exposición, la corrección y propiedad del estilo y la amenidad llevan al lector suavemente, por los intrincados caminos de las matemáticas hacia la cibernética y la condición humana. El objeto del libro es, dice el autor, poner al hombre de nuestro tiempo en contacto con el mundo nuevo, de la cibernética, de la máquina que reemplaza al sistema nervioso del hombre y hacerlo pensar sobre su significado.

Podemos no estar de acuerdo con las disquisiciones, comentarios, juicios u opiniones filosóficas, teológicas o aún científicas de su autor, pero ello no quita a la obra, por cierto, su gran valor informativo, su novedad, su poder didáctico y su atractivo.

Escribir un libro sobre un tema si bien actual, tan difícil y complicado, es ya un mérito; escribirlo bellamente, en forma amena, al alcance del lector corriente, es un mérito que merece y justifica la distinción que se le ha conferido.

En forma muy resumida y por demás escueta, he tratado de presentar a Uds. la tres obras que han merecido los Premios "Atenea" y a sus autores. Ninguna palabra, sin embargo, es capaz de igualar el sabor de la lectura de estos tres libros; ninguna de las tres obras, por rara coincidencia, es ajena a

las preocupaciones cotidianas del hombre actual; la poesía, la economía, la ciencia nueva que está abriendo el mundo de mañana, son asuntos de vital interés para todos. Las tres obras, aun cuando a la altura de sus premios, están al alcance de quienes posean elementos básicos de cultura general, y este es otro de sus méritos.

En nombre de la Universidad y de sus Cuerpos Directivos, me es grato felicitar muy cordialmente a los señores Enrique Lihn, Alberto Baltra y Arturo Aldunate, y hacerles entrega de los diplomas que premian las obras de que son autores.

DISCURSO DE DON ALBERTO BALTRA CORTES

Es difícil agradecer un honor como el que me ha sido conferido expresándolo en palabra que no estén dichas ya en otras oportunidades análogas. Salvo para literatos y poetas, el lenguaje casi siempre es incapaz de traducir fielmente todos los matices del sentimiento. Yo lo sufro en carne propia, ahora, cuando deseo testimoniar a la Universidad de Concepción y a su Rector, doctor Ignacio González Ginouvés, mi emocionada gratitud por la distinción que se me acordó con motivo de uno de mis libros, *Teoría Económica*. Grande es, sin duda, la importancia de esta clase de estímulos para quienes se dedican al estudio, por modesto que pueda ser su aporte al patrimonio científico. En sociedades donde, ciertamente por desgracia, se ha ido plasmado una escala materialista de valores es útil que el hombre dedicado al trabajo intelectual reciba voces de aliento que lo muevan a perseverar en su camino y con tanta mayor razón cuando ellas provienen de entidades cuyo prestigio enaltece aún más a quien se distingue.

Nuestras sociedades, más que nunca antes en la historia, están sujetas a un proceso de renovación y de cambio bajo el doble accionar de los prodigiosos avances de la ciencia y del rápido crecimiento demográfico. De ahí, entonces, que haya aumentado también la importancia de la función social que deben cumplir los trabajadores intelectuales: Al intelectual le corresponde advertir el latido social de los tiempos y desentrañar su sentido contribuyendo a la búsqueda de las soluciones satisfactorias. De otra parte, en estas sociedades diferenciadas y complejas, para la mayoría de la gente se torna cada vez más oscuro e incomprensible el esquema múltiple de las cosas y los problemas. Esto es todavía más grave en los países que, como los de América Latina, están viviendo el proceso de su desarrollo, pues aquí coexisten problemas característicos de las sociedades industriales con cuestiones propias de las sociedades tradicionales, de base agrícola y semifeudal. Es la ambivalencia peculiar de nuestra América, en que la multiplicidad y la simultaneidad de los problemas hace difícil discernir las causas de los efectos, pues todo aparece ligado a todo en una gigantesca y enmarañada red de estructuras interdependientes que se

transforman con distintos ritmos. El intelectual está en mejores condiciones para captar lo esencial de los grandes problemas, pues el alcance de su visión es potencialmente mayor, a la vez que puede elevarse por encima de las limitaciones impuestas por los intereses particulares.

Si entre las cualidades del intelectual deben contarse, entre otras, la independencia de juicio, la claridad y curiosidad de espíritu, la imaginación, el sentido crítico y la fe en el poder de la inteligencia, ninguna otra época necesitó del intelectual más que la nuestra. Sobre todo, lo necesitan los pueblos que sacrificadamente luchan por su desarrollo ya que las nuevas sociedades industriales están gestándose en medio de circunstancias no siempre claras, precisas ni definidas. Desde este punto de vista, mayor es la responsabilidad de quienes cultivan las ciencias sociales. Nunca los hombres han dejado de experimentar inquietud por conocer la naturaleza del proceso en cuya virtud cambian las sociedades que ellos mismos constituyen. Pero, esta inquietud se tornó aún más apremiante desde el momento que, en el siglo XIX, la ciencia y la tecnología iniciaron el ciclo, aún abierto, de sus innovaciones portentosas.

Según un pensador ilustre, el hombre es parte integrante de la naturaleza pero es aquella parte singular por medio de la cual la naturaleza adquiere conciencia de sí misma. Algo análogo ocurre con las ciencias sociales. Estas ciencias son el producto de la sociedad pero, también, el instrumento que permite a la sociedad hacerse consciente de lo que ella es y de los problemas que la aquejan. De ahí, la dimensión extraordinaria que en el siglo XX han adquirido las ciencias sociales, porque en nuestro siglo los problemas de la sociedad revisten características y amplitud que jamás tuvieron. Nunca fue más seria que ahora la responsabilidad del intelectual. De todo intelectual, pues hasta aquellas ideas que pudieran parecer más abstractas o lejanas del transcurrir cotidiano guardan, sin embargo, alguna relación con la vida y sus problemas.

Grecia creó la razón humana en cuanto fue allí donde el hombre hizo una profesión del pensar por sí mismo. Ojalá en nuestros tiempos se logre aplicar la razón al cambio de las sociedades. Si esto sucede, querrá decir entonces que la Humanidad, además de dominar las fuerzas de la naturaleza, habría sometido a su imperio las, hasta ahora, indomeñables fuerzas sociales y aprendido a progresar aplicando al cambio de la sociedad las enseñanzas de la ciencia, con ahorro de esfuerzos, aflicciones y violencias. Mientras ello ocurre, sobre el intelectual contemporáneo pesa una responsabilidad social, no siempre comprendida. El intelectual está sujeto al deber inexcusable de buscar la verdad dentro del conjunto de causas y relaciones sociales que, en cada época, configuran los problemas de los pueblos y de expresar esa verdad sin temores ni titubeos, para contribuir a que el hombre común participe de un orden económico y social más humano y justo, donde a todos se asegure un grado de bienestar material y cultural compatible con el progreso técnico y científico. Como dice Celso Furtado en su reciente libro, el intelectual es el único elemento dentro de la sociedad que puede y debe sobreponerse a los motivos

determinantes más inmediatos de la conducta individual y esto lo faculta para moverse en un plano de racionalidad más alto y le otorga una responsabilidad muy peculiar.

La función esclarecedora del intelectual es más necesaria, pero también más difícil de cumplir, en las sociedades que atraviesan etapas de transformación. En las sociedades tradicionales, el hombre se mueve entre relaciones preestablecidas, limitándose a aceptar y respetar valores, creencias y conocimientos elaborados y transmitidos por generaciones pasadas. Son sociedades de suelo fijo. Muy distinto es lo que acontece en los períodos de cambio social. En ellos, no sólo se produce la desorientación y confusión características de los tiempos en que las escalas de valores en vigencia empiezan a debilitarse pero sin que aún se impongan los valores adecuados a las nuevas relaciones que la sociedad está gestando. En estas etapas, además, se aviva y magnifica la pugna entre los hombres y sus intereses. A su vez, los respectivos puntos de vista se apoyan en argumentaciones y justificaciones que, por lo general, perturban el criterio de la mayoría de los hombres con respecto a lo que verdaderamente conviene al progreso y el bienestar comunes. En este momento es cuando se hace imprescindible la función esclarecedora de las ciencias sociales. La estructura de la sociedad es una realidad compleja y las leyes que presiden su cambio hay que buscarlas en la propia vida social. El cambio social surge como la necesidad de resolver el desequilibrio existente en algún área de las relaciones sociales. Las estructuras de la sociedad no son autónomas sino que se entrelazan en una vasta y apretada red de relaciones múltiples. Por esto, toda modificación en alguna de las estructuras se difunde hacia las otras. El desequilibrio tiene por causa que las estructuras se modifican con ritmos y direcciones diferentes. Por ejemplo, puede que algunas cambien con rapidez mientras que otras no cambian o lo hacen con ritmo distinto. También es posible que ciertas estructuras evolucionen en determinado sentido en tanto que otras actúen en sentido contrario. Sobre todo, el desequilibrio social aparece con ocasión de cambios en las formas o métodos que el hombre emplea en la producción de los bienes. Es decir y por regla general, las transformaciones básicas parten del lado de las relaciones entre los hombres y el mundo de las cosas materiales, o sea, emanan de cambios en las estructuras técnicas o económicas. El hombre, en su deseo de aumentar la eficiencia y las ganancias, busca, acepta y fomenta este tipo de innovaciones pero resiste el cambio de las otras estructuras, sin adquirir conciencia de que aquellas innovaciones traen como efecto insoslayable el cambio de las instituciones y los valores. La sociedad reemplaza más fácilmente una máquina que una actitud ante la vida. El desequilibrio social se torna aun más agudo y grave cuando el cambio económico se estimula e intensifica a través de la acción deliberada de la sociedad que trata de acelerar su crecimiento económico, mientras que el resto de las estructuras queda entregado sólo al cambio reflejo o inducido. Entonces, paradójicamente, la política de desarrollo acentúa el malestar social en vez de promover el mayor bienestar que se busca, a menos que el esfuerzo desplegado para el cambio de las estruc-

turas económicas y técnicas se extienda también al de las otras estructuras sociales.

Pero, el cambio de estas últimas suscita conflictos de cuya gravedad podemos darnos cuenta al repasar la dolorosa historia del hombre en su tránsito hacia formas de organización social más perfectas. La ciencia económica y todas las ciencias que se ocupan de la sociedad tratan hoy de iluminar el camino del hombre a fin de que su progreso sea más fácil y menos accidentado. Ninguna de estas ciencias es un mero artificio dialéctico o especulativo. Todas ellas son y deben ser profundamente humanas, en el sentido de que su objeto y sujeto es el hombre mismo, con sus preocupaciones, problemas, angustias y afanes.

En un estudio que acaba de publicar el filósofo alemán Karl Jaspers dice que la sede institucional de la ciencia es la Universidad y que la misión de ésta consiste en lograr la conciencia más pura de la verdad de su época. Para ser más preciso, yo diría de la verdad de cada época. En nuestra época, a la vez turbulenta y esperanzada, la verdad que el hombre más necesita es aquella que deben mostrarle las ciencias sociales, a las que compete penetrar en la roca viva de las realidades de cada país y región, procurando analizar sus problemas con criterio invariablemente objetivo en cuanto que sus conclusiones no deben estar influidas por lo que, subjetivamente, desee, piense o sienta el investigador sino corresponder fidedignamente a los hechos que examina y a las relaciones que entre ellos crea la realidad social. Difícil, muy difícil, es descubrir la verdad de los fenómenos sociales. Pero incomparablemente más difícil es decir esa verdad, que siempre perjudicará e irritará a algunos y beneficiará a otros. El logro de la conciencia más pura de la verdad social de cada época no es, pues, tarea sencilla ni libre de incomprendimientos, sinsabores y peligros. De ahí, el alcance y la importancia del estímulo dignificador de la Universidad a quienes, en la esfera de sus posibilidades y capacidades, consagran sus energías a esta tarea noble y humana.

DISCURSO DE DON ARTURO ALDUNATE PH.

Cuando la vocación de escritor empuja desde adentro; cuando se experimenta la perentoria e ineludible necesidad de expresarse a través de la palabra escrita, porque a través de ella descubrimos nuestros propios pensamientos; cuando al escribir vamos observando, muchas veces con sorpresa, lo que el paso de los días y los años ha acumulado en el desván de nuestra conciencia; cuando comprobamos que nuestras ideas, en pugna o azoradas, se ordenan y clarifican al influjo mágico de las palabras escritas, esta extraña inclinación *se convierte casi en una obsesión que nos persigue y no nos deja.*

Ahora, si además, también por natural curiosidad, andamos atisbando cómo es el mundo, cómo son las cosas que nos rodean, qué secreto encierra la estrella y la vida y cuál es el ritmo de crecimiento de la flor o cuál el sistema que somete al electrón a su trayectoria, terminamos viviendo en un perpetuo

y mantenido afán, en una dolorosa insatisfacción que, sin embargo, *le da sabor y aliciente a la vida*.

Y es más; esta inquietud, este gozoso desasosiego, se complica y se estimula si, también por ingénita inclinación, nos seduce el diálogo, *nos atrae el contarle a los demás los resultados de nuestras búsquedas y aventuras*.

Pero este anhelo de comunicación, tiene *su secreta tragedia*: las palabras, las frases y, por ende, las líneas apretadas de letras de imprenta, no llegan todo lo lejos que uno quisiera, ni tienen la capacidad expresiva que buscamos. El verbo constriñe el pensamiento, el lenguaje limita y corta sus alas, las letras lo amarran y deforman. Entonces la inquietud busca otros cauces, desafortunadamente siempre sujetos a la misma estrechez: las charlas, las conferencias, la docencia, que resulta ser la más generosa.

Si analizamos toda esta serie de impulsos y anhelos vemos que ellos surgen de un deseo de realizarnos. Alguien dijo, y lo dijo bien: *somos el resultado del eco de nuestra propia vida en la vida y en la personalidad de los demás*". Si el eco no responde, si los demás resultan sordos a nuestros mensajes, es como si estuviéramos apagados, muertos, inexistentes, es como si fuéramos una piedra en una isla solitaria o en el fondo de una laguna.

Mi actitud de escritor, *es el resultado* de una serie de impulsos alimentados, fundamentalmente, por un íntimo deseo de conocer a través de mis sentidos y de mi inteligencia o de receptores cuyas calidades desconozco, qué es el devenir, qué es la vida; *está constituida* por un íntimo anhelo de escuchar, por un secreto placer de mirar, de conocer cómo la naturaleza palpita, cómo el tiempo transcurre y, finalmente, *está alimentada también* por la necesidad de traspasar mi experiencia a los otros, de mostrarles mi asombro frente a lo que voy descubriendo, mi expectación frente a lo, *para mí* hasta ayer desconocido.

Es en esta actitud de inquieta búsqueda, en esta tarea de crear una expresión comunicativa, que viene desde lo más hondo de mi ser que *he sido sorprendido por este Premio Atenea* que posee todos los atributos de un magnífico presente y que vigoriza mi entusiasmo y alegra mi espíritu. Sí, *alegría y entusiasmo*; porque yo escribo con pasión, con gozoso arrobamiento y, por consiguiente, es legítimo que sienta un hondo reconocimiento por esta distinción de tan alta talla.

Comprendo que esta noticia de mi entusiasmo y alegría para escribir *debe parecer extraña a muchos*, dado el género difícil y los intrincados caminos que he elegido para mi labor literaria. Sin embargo, estas rutas, si bien se internan por la jungla muchas veces oscura, y aparentemente sin huellas, de la ciencia y la filosofía, *caminan en busca de aventura, van tras el regocijo del asombro*. Qué cabal resulta el pensamiento socrático: *La verdadera señal de un filósofo es el sentimiento de extrañeza que experimenta*. Extrañeza, asombro, curiosidad, creación del mito primero para buscar la verdad después; el camino alucinante.

Contra lo que muchos todavía creen, las matemáticas, *ciencia madre que de un modo u otro nutre mi obra literaria*, no viven en un mundo frío,

inexorable, atenido sólo al rigorismo de los números. No. El suyo es un mundo de armonía, de equilibrios y euritmias. Es cierto que las matemáticas emplean un *lenguaje riguroso* que no admite interpretaciones personales o circunstanciales, pero *es ya claro* que, a pesar de ello, son capaces de sueño, de fantasía y de belleza. Es más, podemos afirmar que estos atributos constituyen sus elementos vitales. Además, y *por ello caminan junto a la filosofía de hoy*, las matemáticas constituyen la herramienta más eficaz de la inteligencia y del pensamiento, y en la marcha de la ciencia trazan los esquemas de acción. Por algo se ha dicho que la ciencia sufre una incurable "nostalgia geométrica".

Por otro lado, *la capacidad de fantasía y de sueño de la ciencia de los números*, ha permitido que la llamada literatura científica, que la cultura científica, deslinden con los anchurosos campos de ese nuevo género literario de nuestros días llamado ciencia-ficción.

Es que tan cercanos están la ciencia y el sueño, la realidad y la fantasía, que *algunos de los más altos científicos de nuestros días*, para contarnos lo que divisan desde el horizonte de sus laboratorios y las inquietudes que estos hallazgos les despiertan, han debido recurrir al relato de *ciencia y ficción*. El caso de *La Nube Negra*, de Hoyle, el gran astrónomo inglés, y de *The Tempter*, de Norbert Wiener, el genial creador de la cibernética, son una muestra de esta nueva y curiosa actitud de los hombres de ciencia convertidos en literatos, *que utilizan la fábula y la quimera para adelantar camino hacia la verdad*.

Sí, mi afán de escritor está acicateado, por una permanente curiosidad y por un anhelo de comunicación, y *vive* en los ámbitos de la ciencia de nuestros días, en que todo resulta prodigioso y aceleradamente cambiante, *en permanente búsqueda*. Van a cumplirse dentro de poco 25 años desde que escribí un ensayo, el primero que se internaba por los senderos de la cultura científica, y que titulé *Matemática y Poesía*. Desde entonces, en todos mis escritos he pretendido, con esfuerzo y ojos despiertos, *estar en el atalaya*, avizorar la aurora que despunta... Pero siempre la realidad *ha sobrepasado muy lejos, muy lejos*, a mi imaginación. Y cómo no habría de sobrepasarla, si aun los grandes soñadores, no ya un Julio Verne dejado muy atrás, pero Wells, Karl Kopek, Romain Rolland, Villiers de L'Isle Adam, y aun el propio Edgar Allan Poe, *no tuvieron la capacidad de imaginar*, ni remotamente, lo realmente acaecido durante nuestra provia vida.

Bastaría una lista, *una lista sólo de los grandes capítulos*, para apreciar la tremenda, la sísmica alteración, la gigante avanzada realizada por el hombre en este último cuarto de siglo.

La radioastronomía, que multiplica en forma insospechada la posible observación del Universo; *la penicilina, los antibióticos* y otros elementos terapéuticos, que han puesto en el camino del hombre el pavoroso problema de la explosión demográfica; *los productos plásticos y sintéticos*, que proporcionan millones de artículos que facilitan y modifican nuestro diario vivir; *la energía nuclear*, con la transformación de los elementos, sueño de los alquimistas,

que proporciona a nuestra especie un tremendo poder de vida y de muerte; *los aviones a retroacción* que han cambiado el concepto de velocidad al quintuplicar ya la velocidad del sonido; *la electrónica*, con sus sistemas de computación, sus cerebros mecánicos y sus inverosímiles dispositivos capaces casi de pensar; *los satélites artificiales*, que cambian, por decisión del hombre, el mapa del espacio, y *los cohetes de autopropulsión*, que llevan cápsulas a otros parajes del cielo y que mañana llevarán al hombre a mundos diferentes en contacto, tal vez, con superinteligencias; *la cibernética* y su automatismo de retroacción que, al hacer perder la estupidez al simple automatismo ciego, parece caminar tras la imitación de la vida. Y *la televisión*, transmitida a través de un satélite extraterrestre, y *la luz organizada* perforando el acero, y los *microscopios electrónicos* aumentando centenares de miles de veces nuestra capacidad de ver, y los *órganos artificiales*, y los ya cercanos *organismos cibernéticos*, que nos permitirán vivir en los medios más inhóspitos del cosmos. Todo esto y mucho más ha aparecido en los últimos 25 años y *se expande y se multiplica con velocidades y aceleraciones de asombro*.

Pues aquí, *en este ambiente sísmico*, entre estos vendavales de renovación, frente a estas verdades que muchas veces son mitos, y a estos hombres sabios que son taumaturgos o fantasmas, he buscado mi camino de escritor, tratando, modestamente, de mantenerme no en el sueño, sino en la realidad... *¡qué también me ha resultado sueño!*

El galardón que hoy me ofrece la Universidad de Concepción lo recibo con modestia, pero con íntimo regocijo y sé que constituirá un nuevo acicate para continuar mi obra literaria. En estos momentos trabajo *en un nuevo ensayo* que debería llamarse *La Organización Matemática del Universo*, pero que *no será científicamente matemático* y que pretende poner al nivel del hombre culto algunas de estas misteriosas tramas de ordenación y euritmia que rigen el mundo. Para no amedrentar a los lectores y para atenerme al tono lírico que pretendo darle, tal vez llevará el nombre de *Números en las Estrellas y Números en la Tierra*. Como todos los otros, *será en el fondo, sólo y siempre*, la búsqueda eterna del propio hombre que constituye nuestra última realidad.

Agradezco al señor Rector, don Ignacio González Ginouvés, al Jurado y al Consejo Universitario, desde el fondo de mi corazón y desde la plenitud de mi espíritu, *el honor que me han conferido*. El recuerdo de esta distinción, la imagen de la Diosa Atenea surgiendo sobre esta bullente ciudad Universitaria, orgullo de Chile y de América me impulsarán a continuar en mi labor, modesta pero seria, poéticamente iluminada, con más ardor y con mantenido empeño de superación.

Muchas gracias.

DISCURSO DE DON ENRIQUE LIHN

Son muchas las cosas que, por encima de los cumplidos formales, puede expresar un poeta chileno, con oportunidad de recibir el Premio Atenea de literatura. Agradecerlo, lisa y llanamente, como si lo envolviera un gesto de beneficencia o mecenazgo, sería ignorar el verdadero sentido que ese premio comporta.

Pues aquí, en verdad, se lleva a efecto un pequeño rito: la invocación de esa fuerza vinculatoria, que en otras épocas ligara estrechamente a la Universidad con la creación literaria bajo el signo humanístico. Todo cuanto vino en el orden de la necesidad a disminuir esta relación, no ha conseguido cancelarla absolutamente. La enseñanza superior debe proporcionar al hombre moderno los instrumentos de un saber tecnológico increíblemente diversificado y complejo. Y frente a la cantidad y calidad de los conocimientos acumulados en el dominio de la ciencia y de la técnica no se puede ya mantener, como no sea antojadizamente o por un peligroso prurito de dualidad, el deslinde entre los llamados campos de la cultura material y de la cultura espiritual. Esta oposición fue válida para en otras épocas para las cuales fuera forzoso desembocar en alguna forma de irracionalismo al imponer orden al caos sobre la base de abstrusas concepciones del mundo.

Sobre los tiempos modernos, en cambio, gravita, sin duda, la posibilidad y la responsabilidad de efectuar una síntesis nunca vista entre la civilización y la cultura. Entre el saber, el querer y el poder, reabsorbiendo al hombre en su unidad perdida, a la vez que elevando dicha unidad a una extensión y a una profundidad desconocidas. Interacción de facultades. Correspondencia entre las distintas formas de conocimiento, respuesta integral al desafío de la realidad . . . tales son las tareas.

Que en un país como el nuestro, técnica y socialmente atrasado, la Universidad no sólo se preocupe por el cultivo de las disciplinas cognoscitivas, de utilidad práctica más o menos inmediata, sino que asuma un rol auspicioso y rector en relación a las disciplinas expresivas, es un índice de su cabal comprensión de esa integridad a que postula el hombre moderno.

Por una paradoja aparente, los caminos que llevan a la unidad de una civilización que verdaderamente interprete el ser del hombre, pasan, al menos hoy en día, por los más apartados lugares. Serpentean en el terreno de las especializaciones lejos, muy lejos del centro unificador. Algunos de esos caminos se desvían de toda dirección y se pierden en la tierra de nadie. Tal es el caso o parece serlo de los que alguna vez se conocieron como los caminos rimbombantes de las Bellas Artes y de las Letras.

Nunca como hoy, los métodos del conocimiento y los procedimientos de la expresión se han apartado tanto éstos de aquéllos en la prosecución de sus respectivas formas de desarrollo.

No hay tal divorcio, con todo, para una óptica afinada. En nuestra coyuntura cultural, simplemente, el diámetro de nuestro campo visual o cognoscitivo, es de tal longitud, tan complejo el sistema de nuestras coordenadas cul-

turales, que la unidad buscada se nos ofrece en medio de una multiplicidad arrolladora, es de difícil acceso.

Y si así no fuera. Si en verdad el arte y la literatura fuesen fuentes de dispersión cultural, aun tendrían el valor de aplicar, a una cultura científica y técnica, el correctivo de la pasión y del sentimiento.

En mi entender, el arte y la literatura dicen relación con el valor que el hombre asigna a lo que piensa y hace. Son fuentes de valores ligados a la vida emotiva. Creo que es este también el sentir de las personas o instituciones que estiman tales disciplinas en lo que valen.

La joven Universidad de Concepción se apoya ya en una tradición viva de consagración al estudio, a la difusión y al estímulo del arte en todas sus formas y de la literatura en todas sus especialidades. Los premios que hemos recibido aquí no son episódicos. Confirman una valiosa política cultural. Es aquí donde se celebraron los inolvidables encuentros de escritores.

Puentes tendidos entre nuestros artistas, escritores e intelectuales y sus colegas de toda América y del mundo. Puentes que día a día son más transitados como se estableciera en dichos encuentros una relación de amistad y de conocimiento creadores entre sus participantes, relación que se ha ahondado y diversificado con el tiempo.

La Universidad de Concepción —y llego aquí a mi experiencia personal directa—, organizó los primeros talleres literarios y de escritores que funcionarían en Sudamérica. Fui miembro del primero de ellos y mi experiencia sustancial puede sintetizarse así:

Sentí, como ahora, que esta Universidad depositaba en la literatura una confianza que ciegamente, desde otros ángulos, se le sigue negando. Pensé que a esa confianza la literatura nueva de Chile debía responder con un renovado sentido de la responsabilidad. Quise asumir —y me parece haberlo hecho en la medida de mis modestas posibilidades— esa responsabilidad. La de un poeta. La de un escritor chileno consagrado con el mayor rigor y la mayor amplitud de miras posible, a las alegrías y a las asperezas de su oficio.

EVOCACION DE LUIS DURAND

Texto leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile,

por Vicente Mengod

En los antiguos relojes de sol existe, grabado, un proverbio místico y existencial: "El tiempo lo vence todo, hace y deshace a los hombres".

Pero ese tiempo, esquivo y volandero, puede ser memoria y duración, sobre todo memoria, requisito indispensable para decir que algo sucedió en un momento determinado. He ahí una manera de jugar entre las aspas de los días y de los años. Y así se levantan figuras y hechos. Por añadidura, se formulan preguntas. Ahora se impone una de esas interrogaciones, cordial en su motivación: ¿Cómo era Luis Durand?